

Las Aventuras del Pensamiento. A propósito de “Vida Intelectual de Venezuela”

Luis Ricardo Dávila

[davidlap@ula.ve]

Universidad de Los Andes. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas.

Resumen

El artículo analiza el discurso subyacente a uno de los más importantes ensayos de historia intelectual del pensador Domingo Miliani. Los diferentes espacios y los múltiples sujetos, sintetizados por el autor como “dos esquemas”, son tomados como referentes principales para la construcción del pensamiento sobre lo nacional venezolano. La unidad de los distintos discursos intelectuales marca también la unidad de las muchas Venezuelas que habitan un mismo territorio y comparten una misma historia.

Palabras clave: Ideología. Lugar de enunciación. Historia intelectual. Crítica literaria. Identidad nacional.

Abstract

The adventures of thought. On “Vida intelectual de Venezuela”

Domingo Miliani was one of the most important thinkers of contemporary Venezuela. This article focuses upon the development of Venezuelan intellectual history, since XIXth century. He has consistently identified it as “two outlines”, developed from the two major intellectual traditions. The result is a deep approach into the realm of national unity. The article argues on different spaces and subjects in the light of the way national identities were constituted. It concludes by showing how it is possible to express the specificity of the national Venezuelan through an analysis of intellectual history

Key words: Ideology, place of enunciation, intellectual history, literary criticism, national identity.

“La crítica, esta aguafiestas, recibida siempre, como el cobrador de alquileres, recelosamente y con las puertas a medio abrir. La pobre musa, cuando tropieza con esta hermana bastarda, tuerce los dedos, toca madera, corre en cuanto puede a desinfectarse”.

Alfonso Reyes
26 de agosto de 1941

Definiciones sobre lo obvio

Comienzo con este fino y gracioso epígrafe de Don Alfonso Reyes como para delimitar lo que quiero hacer en lo que sigue y, más importante aún, para señalar lo que no quiero hacer, de manera que no se busque lo que no me he propuesto. No haré crítica literaria del trabajo de Domingo Miliani, ni siquiera trataré su literatura. Mejor exploraré algo de su ensayística, desde la perspectiva del análisis del discurso, en particular su *“Vida intelectual de Venezuela”*¹.

Extraño destino el de esta obra, nacida entre nieblas merideñas, publicada hace treinta y tres años. A pesar de abrir camino en la poca explorada senda del pensamiento venezolano, a pesar de su originalidad y erudición, ha sido poco utilizada como trabajo fundador y mucho menos discutidos sus esquemas para afinar los términos de la interpretación allí contenida. Como es el caso luego de la muerte de cada hombre ilustrado y útil, es necesario superar ese tiempo de la aparición de los ejecutores testamentarios, del reclamo de cierta herencia intelectual sobre lo que aún permanece vacío. Es necesario, en fin, esperar el final del ritual, para comenzar a propiciar la discusión de la obra del autor y sobre todo de sus legados. Esto como para acendrar su historia intelectual, evitando andar sobre caminos de nieve. Supongo que los homenajes póstumos perseguirán semejantes propósitos.

Mi argumentación apunta a lo siguiente: el discurso de y sobre la vida intelectual de Venezuela, tal como fue esbozado por Miliani, se juega en múltiples espacios y es constituido por múltiples sujetos pertenecientes a múltiples discursos que el autor sintetiza en *“dos esquemas”*, los cuales *“no pretenden ser historias del pensamiento y la literatura nacional de Venezuela. Tal vez constituyen apenas esbozos, líneas acentuadas en las tendencias e inclinaciones de ambos procesos”*, Miliani dixit. La

imagen de esquemas, esbozos, líneas acentuadas como representación de un proceso hartamente complejo como lo es la construcción del pensamiento sobre lo nacional, posibilita más que una lectura dramática de este pensamiento, una lectura desideologizada². En ese sentido, es posible que las tendencias e inclinaciones que Miliani busca encontrar en el estudio de la vida intelectual de Venezuela sean un sistema de voces, de proyectos, de procesos, de escrituras. La unidad de los muchos discursos intelectuales, de las muchas Venezuela que habitan un mismo territorio y una misma historia, y de sus muchas lecturas, quizás radique en una suerte de espacio configurado y habitado por diversos actores.

Recuérdese que es sólo en 1777 cuando la palabra Venezuela adquiere nuevos significados unitarios, es sólo entonces cuando la palabra significa fusión de núcleos territoriales y de población, es decir, de cultura y de pensamiento. Y será con la guerra de Independencia cuando el término adquiriera una cierta y más valedera unidad histórica. El carácter fundacional de la obra de Miliani lo aporta precisamente su espíritu pionero para diferenciar las voces de los ecos en materia de evolución intelectual de la nación venezolana. Diferenciar posibilita así la capacidad para sistematizar el proceso y ofrecer sus grandes líneas de desarrollo. Al analizar el período de “La Emancipación y su Ideología”, las palabras del autor tocan este punto:

Insisto en la idea de que deben diferenciarse los que fueron auténticos pensadores y los que realizaron una labor –no menos valiosa, por supuesto, ni menos necesaria—de difusores, de publicistas o agitadores. Hay algunos en quienes se confunden ambas condiciones; hay otros donde es difícil discernir donde empieza el guerrero y dónde termina el pensador (Vida..., pp. 27-28).

Aprehender el orden intelectual e histórico del pensamiento venezolano requería de fino análisis. Pensar lo pensado o pensar en quienes pensaron equivalía a no olvidar diferencias, las generalizaciones o abstracciones sin más podrían confundir.

Del lugar de enunciación del autor

Sabemos desde hace tiempo –y en especial Miliani lo sabía muy bien—que la relación entre discurso y referente es menos inocente de lo que muestran las apariencias; el problema parece radicar en la representación más que en la mera referencia: “*Trato de sintetizar al máximo los datos de carácter meramente informativo. Asimismo evito explicar las que han sido frecuentes controversias sobre algunos momentos de nuestra historia cultural*”, nos dice el autor desde las primeras páginas de su discurso. Dicho esto, no está demás avanzar interrogando el *locus* o lugar de enunciación de Miliani: ¿a qué título interpretaba él la historia intelectual de Venezuela?, ¿dónde se situaba?, ¿desde dónde hablaba y escribía? Acaso en su labor de crítico literario lucían casi inútil estas preguntas de carácter identitario pues allí reflejaba él su auto de fe. Dejemos que su palabra vaya adelante:

Ignoramos (...) –para evitar polémicas estériles— las malhumoradas recriminaciones que se ha hecho a quienes, con humildad y honradez, nos venimos ocupando de enseñar en la cátedra algunos basamentos teóricos para comprender la evolución de la crítica literaria contemporánea³.

Si este es el caso para su labor de crítico literario, no ocurre lo mismo con su ensayística donde se expresa una clara combinación entre la teoría y la historia para tratar de aprehender un orden de manera crítica y aproximativa. No se trata de someter al autor a una clasificación, hacerlo prisionero de una cierta competencia, ubicarlo dentro de una jerarquía de saberes y lugares, sino de precisar y entender su gesto de pensar el pensamiento. Más allá de colocarlo dentro de un orden y rendirle tributo desde allí, se trata de delinear los contornos de ese orden. A fin de cuentas, el pensamiento se refiere a interrogar un orden, a asombrarse como ese orden está allí, a preguntarse qué lo ha hecho posible, a investigar recorriendo sus paisajes las huellas de los movimientos que lo han formado y, fundamentalmente, descubrir en sus distintas historias argumentos que desafíen lugares comunes, situándose del lado de la duda del tipo: cómo y hasta qué punto es posible pensar ese orden de otra manera. De todas formas, respondamos a las interrogantes iniciales. ¿Desde dónde hablaba y escribía Miliani? Desde la posición de un espectador comprometido en entender para hacer entender. Miliani era más que un

scholar, un erudito. ¿Quién era Miliani? Un investigador y observador de la realidad circundante. ¿Dónde se situaba para elaborar su discurso? En las comarcas de la historia y la teoría. En fin, sea desde el dominio literario, del dominio histórico, del dominio cultural o del político, sea cual fuese el dominio de enunciación la postura intelectual de Miliani se encuadraba en un mismo sentido y con un mismo objetivo: sondear las tendencias y las fuerzas que han modelado nuestro presente. Como él mismo lo expresaba, el esquema tras la vida intelectual de Venezuela no era otra cosa que “*puntos de vista de un mero lector*” (p. 7).

El pensamiento como aventura

Acaso lo primordial en la representación de Miliani de la vida intelectual de la nación venezolana sea realizarla a partir del pensamiento y la literatura. Así, el libro está compuesto por dos grandes partes. El pensamiento, donde esboza el desarrollo del mismo desde la Colonia e Ilustración hasta el siglo XX, cuando contrasta las imágenes de una “*Venezuela mito*” y otra “*Venezuela real*”. Y la literatura, a la que consagra una apretada síntesis de la evolución literaria del país desde la hispanización de la lengua hasta los años 60 del siglo XX. El va urdiendo su discurso, entonces, sobre este par de expresiones de lo nacional, aún a sabiendas de que algo las sobredetermina: la política. Y lo que se observa es el tránsito sobre caminos que por veces se cruzan, se funden y confunden, se solapan pero manteniendo cada cual sus propias reglas de enunciación. Muchos de los hacedores de pensamiento son los mismos de la literatura, y cuando no lo son actúan como si lo fueran. Pero el substrato que le es común a ambos es la política. Política y pensamiento, política y literatura son caras de un mismo proceso que se quiere complejo y acaso todavía demasiado joven. Miliani no insiste mucho en este rasgo, sólo lo retoma para concluir el capítulo sobre literatura. Cuando sí observa el papel crucial que la historia política cumple en la construcción de la historia literaria.

Pero, si bien pensar consiste en encontrar las condiciones que posibilitan el surgimiento de órdenes —sea en el campo político o literario— tal como lo enunciamos más arriba, la aventura del pensamiento también busca generalizar, abstraer, hacer problemas donde se

creía reinaban las soluciones. Casi para concluir, Miliani se percata de esto, leamos sus términos:

Las luchas políticas de una accidentada vida republicana, a lo largo de más de 160 años, con un sucederse de conspiraciones, guerras civiles y muy escasos paréntesis democráticos —algunos más nominales que ciertos—y reducidísimos presidentes civiles (...) han colocado al escritor venezolano en una encrucijada permanente, para sobrevivir en la obra, a pesar de sus inmersiones en la convulsión social⁴

De semejante contexto histórico, las consecuencias habrían de ser de peso para abstraer y generalizar la aventura del pensamiento nacional: “*No tenemos, pues, lo que pudiera llamarse intelectuales puros, tal vez para fortuna*” (p. 138). Suerte de ausencia ésta que nos explica el estrecho vínculo entre pensamiento, política y literatura. En particular desde la literatura el escenario se lee así: “*La misma necesidad de ataque y defensa, de ofensiva y atrincheramiento a que se ha visto orillado el escritor en función política, explica en parte el que la crítica literaria haya carecido de una fuerte fisonomía interpretativa*” (p. 138), Miliani dixit.

También de olvidos e inexistencias están llenas las páginas del pensar venezolano, y Miliani se percata de esto al referirse al campo estético. De las ideas estéticas se expresará en estos términos: “*De escuálida fronda, ellas se involucran, la mayor parte de las veces, en la crítica literaria o artística; allí en su momento, cuando el relieve lo indique, se apuntarán*” (Vida..., p. 89).

Un mapa de vida intelectual

Tenemos el convencimiento de que hemos llegado a un estado tal en nuestra América, hemos vivido una vida tan rápida, que es preciso dar nuevas formas a la manifestación del pensamiento...

Rubén Dario

Se dice que la poesía es intraducible, por veces la literatura también lo es, pero no se puede decir lo mismo del pensamiento. En la medida en que este es lenguaje, o se materializa en lenguaje, las palabras que le expresan son cosas y no meros signos. Y

estas cosas siempre tienen sus formas de manifestación según dicta el epígrafe anterior. Poco importa cuanto de complejo sea. Lo que importa es que sus datos pueden ser recogidos y sintetizados, y en este sentido pueden ser comprendidos sus significados. Esto parece haberlo entendido muy bien Miliani, particularmente en su *Vida intelectual de Venezuela*, obra analizada. Ya se ha señalado cómo se busca allí entender las tendencias e inclinaciones del ser histórico venezolano a través de la indagación de dos líneas constitutivas: el pensamiento y la literatura nacional. Lo cual le da a la obra un sugestivo sesgo de historia cultural. Pensamiento y literatura como componentes supremos de la vida intelectual de Venezuela fueron aquellas claves históricas exploradas por Miliani para dibujar la raíz y el rostro nacional. Lo primero –el pensamiento-- visto como acto psíquico, teniendo por principal vehículo a la razón, para aprehender situaciones objetivas y dar cuenta de la realidad. Mientras que lo segundo -- la literatura-- es tenido, como ya se señaló, como modo intuitivo del pensar, para expresar a través de la palabra ciertas realidades de las cosas que no nos muestran los sentidos, y que por veces escapan a la razón para ceder espacios a esa otra importante facultad del espíritu: la imaginación.

7

Siguiendo el anterior epígrafe de Darío, podría parafrasearse la labor de Miliani en su obra analizada señalando que lo que él busca es dar nuevas formas a la manifestación del pensamiento nacional, construir un mapa del mismo. Aún cuando no alude al término nacional *strictu senso*, el sujeto del pensamiento venezolano no es otro que las estructuras nacionales, las disputas sobre la cultura colonial, primero, el oscurantismo pre-independentista, luego, para entonces pasar a un pensamiento independentista que inaugura la confusión entre el hecho bélico de la Independencia y su “superestructura ideológica”. A continuación presento algunos jalones en este proceso.

Pero la vida intelectual refiere, también, visiones del mundo (“*emerge una primera visión de Venezuela en testimonios y alegatos de exploradores y misioneros (...) así empieza el meditar sobre un ámbito y un habitante, más sorprendido tal vez que sus propios descubridores y civilizadores cristianos*”) y lenguaje transformado en obra (“*como literatura, se viene historiando en Venezuela toda manifestación de la cultura*

escrita”)⁵. Sin embargo, la relación entre pensamiento y literatura no estaría exenta, en el caso venezolano, de dificultades. Una primera y crucial dificultad se encuentra en el hecho de que la delimitación de ambos campos no es muy nítida. Por el contrario, pensamiento y literatura por veces se confunden, se solapan, se entrecruzan, se niegan y se complementan.

En cuanto al pensamiento, observa Miliani una falta fundamental, la carencia de una historia de las ideas: *“Este hecho conduce a la indiferenciación entre la obra propiamente literaria, como fenómeno artístico, y la arquitectura del pensamiento”* (Ibídem, p. 101). A lo que se añade aquel solapamiento entre política y literatura ya referido anteriormente. La consecuencia sería una mixtificación de valores sociales por una fusión indiscriminada de la invención literaria y de posiciones políticas. Así las cosas, la evolución histórica de la existencia intelectual venezolana --e hispanoamericana, en general-- no podría ser otra que:

no ocurre nada distinto en la primera mitad del siglo XIX, donde es casi imposible deslindar lo cultural literario de lo político. Son escritores políticos o politizados los que dan fisonomía y colorido a la obra, hasta 1888, cuando el Modernismo imprime un aire de fuga a las creaciones artísticas” (Ibídem, p. 101).

Habrà que esperar, entonces, para establecer límites y poder definir donde comienza lo literario puro y donde termina lo contaminador político. Estableciendo la diferencia entre pensamiento y literatura, se crean las condiciones que posibilitarán historiar ambas producciones humanas. En rigor esto ocurrirá más en materia literaria que en materia de pensamiento. La historia de las ideas, o de los discursos que contienen esas ideas, llegará tarde en Venezuela. Mientras que no ocurre lo mismo con la literatura, como lo señala el mismo Miliani: *“A diferencia del pensamiento, carente de una historia, en la literatura venezolana, mal que bien, existen buenos panoramas de conjunto, excelentes monografías, ensayos, antologías genéricas recientes, como las de la prosa (...) y la de la poesía (...) Ello permite un acceso más directo a las fuentes mismas”* (Ibídem, p. 136). Pero, apartando los bemoles de la tardanza en el tiempo, lo cierto es que la diferencia se concreta:

Vista de conjunto, nuestra literatura comienza a diferenciarse claramente de la historia y del pensamiento político, a tomar sentido propio, a partir del romanticismo y sus derivaciones inmediatas” (Ibídem, p. 136).

No deja de ser interesante --por las consecuencias que trajo-- esa especie de laberinto, definido por el ataque y la defensa, la ofensiva y el repliegue, en la que vivió el intelectual venezolano hasta bien entrado el siglo XX. Su diseminación en función política explica, para Miliani, “*el que la crítica literaria haya carecido de una fuerte fisonomía interpretativa; la censura se ha hecho más con silencio que con análisis; la valoración más con elogios intergrupales que con métodos interpretativos*” (Ibídem, p. 138).

De manera que en Venezuela comenzaron tarde actividades indispensables para el cabal conocimiento de nuestro ser social, tales como el estudio sistemático del pensamiento político o de nuestra evolución literaria⁶. A este conocimiento contribuyó sin ambages la obra de Miliani cuando se propuso como reto histórico contribuir a la organización sistemática del pensamiento y literatura nacionales. Recoger en su dispersión tendencias, obras y nombres de entre tantas generaciones, creó lo que podría llamarse la posibilidad de acuerdo para aclarar las dificultades de nuestra vida intelectual. Contribución que en sana modestia, en una tierra de inmodestos y altaneros, él mismo denominó “*dos esquemas*”. Ambos tuvieron, y lo seguirán teniendo, propósito informativo y fundador. Pero en tanto indagaciones de la vida intelectual, de la vida del espíritu, de la vida de la nación estos esquemas también indagaron sobre el lenguaje que caracterizó la producción de las ideas y la literatura. Y es bien sabido que quien busca en el lenguaje no hace otra cosa que encontrar los rasgos característicos de la herencia moral de una sociedad. La vida del espíritu explorada por Miliani no fue erudición estéril, mucho menos ornamento descolorido, sino esperanza y destino de la nación venezolana buscando en su pensamiento y literatura los signos más expresivos de nuestra alma histórica. Con giro *sartreano* podría decirse que el lenguaje entero esbozado en *Vida intelectual de Venezuela* fue para Miliani el “espejo del mundo”, testimonio personal de la constante mutación de nuestro mundo. De ese mundo que él mismo describió con palabras que no hacen sino vibrar en el torrente del tiempo:

Nuestra literatura, siempre a horcajadas de la historia política, en galope indómito de angustias y persecuciones de golpes y contragolpes, de exilios y regresos, carece entonces de la organicidad de escuelas que pueden mostrar las europeas, o algunas hispanoamericanas; pero eso mismo ha permitido en ocasiones mayor libertad diferencial en relación con las corrientes generales (Ibídem, p. 138).

Pensamiento e identidad nacional

Se llegó a perder el hábito de pensar. A nosotros los venezolanos nos hace falta un poco de reflexión (...) *Palabras que llegan a confundirse con ideas.*
Enrique Bernardo Nuñez

Un Pensamiento Nacional

¿En que se diferencia el pensamiento de esos alardes de ensayos verbales que caracterizan el quehacer intelectual en Venezuela? ¿Es acaso ésta una característica de nuestra cultura, de nuestro ser nacional? Hemos asomado más arriba que la obra en estudio al final de cuentas indaga sobre la formación de un pensamiento nacional venezolano. A pesar de que el autor no lo menciona, queda como implícito –acaso sin saberlo—en su análisis, por ejemplo cuando afirma que el “*discurso metafísico tardó en cuajar como una lógica del ser y el quehacer nacionales*” (p. 12); o cuando señala que existieron “*pensadores políticos*” que a pesar de emplear su tiempo en la agitación de las ideas también se ocuparon de “*meditar sobre problemas de mayor densidad y trascendencia que los situados alrededor de la polémica sobre las formas del Estado*” (ibídem, pp. 49-50). Ahora bien, ¿qué significa *el ser y el quehacer nacionales*, qué está por encima de las formas del Estado si no el pensamiento sobre la nación y sus expresiones? Pensar lo nacional contiene una doble expresión: el discurso de y sobre la nación. Este discurso importa a la indagación sobre la Venezuela intelectual. Porque sus enunciados se construyen como discurso de la identidad colectiva. La evolución del pensamiento en Venezuela marca, sin lugar a dudas, un sentido de pertenencia que Miliani coloca en estos términos: “*(...) fue justamente Venezuela, el país donde primero se encendió la chispa ideológica de estos movimientos (independentista y positivista, LRD) capaces de proclamar la emancipación mental del hispanoamericano*” (ibid, p. 73).

¿Y qué otro significado podría tener esta proclamación, qué otra cosa podría contener la emancipación mental si no la configuración discursiva sobre la nación? Se podría contra argumentar que en la línea de pensamiento desarrollada por Miliani queda implícito que pensar significa cualquier cosa y que a su vez pensar implica desaparecer la diferencia. El tema no escapa a las discusiones actuales sobre la “diferencia”, o dicho de otro modo al entendimiento de la nación como constitución de conjuntos homogéneos y heterogéneos, lo que parece no estar presente en la representación de Miliani. En todo caso hay una condición, en contra de todas las apariencias, y más allá de la discusión de si lo denominado pensamiento venezolano careció de aquellas significaciones que aseguran un pensamiento sobre la nación. Esta condición es de data relativamente reciente, la exponía, por ejemplo, en 1940 Enrique Bernardo Núñez –entre otros-- cuando al referirse al tema escribía: “*Verdadero será el pensamiento que se introduzca en la corteza amarga y espinosa de lo venezolano (...) un pensamiento con las manos llenas de palabras luminosas*”⁷.

Sería más adelante, y en otras obras, cuando Miliani introdujese el tema nacional *per se*. Y se me hace que fue a través de la investigación histórica cuando su crítica a las expresiones literaria y ética de la nación pasaron a ser dimensión sistemática de eso que puede llamarse, cediendo al lenguaje especializado, cultura nacional: “*Lo nacional es variante dialectal de una cultura en un determinado momento histórico. Pero toda cultura tiene rasgos comunes y universales como todos los lenguajes*”⁸, dirá Miliani con gran soltura y convencimiento. Es que esta cultura nacional no sólo se compone del registro cronológico de las obras, sino lo que es más importante se construye con el sistema de sus relaciones, con aquel campo de encuentros y desencuentros, de afirmaciones y negaciones, que le sostiene. Y este carácter sólo es posible a través de la crítica literaria y de la crítica política históricamente consideradas, (más adelante añadiría la crítica a la razón ética de la nación venezolana, en libros como *País de Lotófagos. Ensayos* (1992), por ejemplo). De ciertas confusiones de género registradas entre nosotros, nos advierte en la misma conferencia ya referida dictada en 1978:

En los escasos textos de reflexión e historia de la crítica literaria en Venezuela, con frecuencia observamos una tendencia a agrupar --como si se tratara de un mismo objeto textual-- la crítica

literaria propiamente dicha, la historia literaria, los estudios biográficos y las lucubraciones teóricas o normativas sobre aspectos de la producción artística del texto literario.⁹

Semejante confusión o “tendencia” podría haberse justificado en el siglo XIX cuando la crítica era un subgénero de una suerte de historia anecdótica, complaciente y heroica de las obras políticas y literarias. Pero en el siglo XX esto era inadmisibile. Es el siglo en que nace con instrumentos propios y con finas argumentaciones filológicas, semánticas y filosóficas aquella disciplina ocupada en analizar y criticar la crítica. En sus días insistía Miliani:

La crítica se va centrando cada vez más en la textualidad y en la descripción y análisis de una obra concreta cuya literariedad (literaturnost) escurridiza se procura captar y comprender. En todo caso ya no se esquiva el problema mediante el refugio en la biografía o el anecdotario del escritor (...) desacralizado en papel de sumo sacerdote del misterio creador, se estudia y comprende como trabajador que emplea unos medios de producción y una fuerza intelectual diferentes pero no aisladas de la evolución integral de los procesos sociales e ideológicos.¹⁰

Menuda mutación la que implicó el siglo XX para la comprensión integral del pensamiento nacional, mutación a la que Miliani contribuyó con creces. Se historizó, valga decir se contextualizó la producción del pensamiento tanto en política como en literatura, para citar sólo aquellas expresiones que más atañen nuestra argumentación. El autor se convirtió en hombre en el tiempo, hasta el punto de surgir preguntas tan finas y sugestivas como: *¿Qué es un autor?* (Foucault) o distinciones como aquella de *“écrivains-écrivants”* (Barthes)¹¹. Situado en su tiempo histórico, también el escritor evoluciona no exento de expresar transformaciones y contradicciones ideológico-estéticas que se producen continuamente a su alrededor. Es *“su marco referencial cambiante, del que no logra escapar ni aún en forma premeditada; cuando más lo acepta y se integra, o lo rechaza”*, Miliani dixit (*Tríptico*, p. 251).

Pero la conciencia del contexto histórico fue rasgo diferenciador del sistema conceptual de Miliani: *“Sabemos que la historia reasume la tarea de historiar las obras concretas de una literatura nacional o universal, como conjuntos de objetos producidos por el hombre mediante una fuerza ideológica de trabajo. Una producción de objetos que se asemeja a la producción de bienes materiales (...)”*. Acaso el título de un texto suyo sea elocuente del contenido histórico de su obra: *“Entre la historia y la intemperie”*¹². La

crítica literaria fuera de la historia no puede situarse sino en la intemperie, en una suerte de memoria sin recuerdo. Al fin de cuentas las relaciones literarias no son más que relaciones humanas, y su escenario propio es la historia que contiene memorias y recuerdos, pero también relaciones de significación. Al darles sentido histórico, las relaciones literarias son despojadas del sustento ocasional y anecdótico que suelen tener.

Sobre las ausencias posibles

En materia de pensamiento o de literatura, la evolución de sus esquemas no dejan de mostrar ausencias que se convierten en vacíos difíciles de llenar. Ya en la evolución del pensamiento, Miliani no dejará de insistir en lo que ya señalamos: “*la carencia de una historia de las ideas en Venezuela*” (p. 101). Y este no es un hecho soslayable. Por el contrario, apunta a una falla estructural, si se me permite el término, de la arquitectura del pensamiento nacional. Más aún, esta falla tiene hondas consecuencias sobre la mixtificación y confusión de los valores nacionales. Si bien esto es bastante evidente para casi todo el siglo XIX, el siglo siguiente no deja de estar exento de semejante rasgo. El populismo llevará consigo la contaminación política de cualquier expresión del intelecto nacional.

Acaso otra ausencia sea la de una teoría de la transición de una arquitectura de pensamiento, para llamarla de alguna manera, a otra. ¿Qué rasgos del romanticismo permanecen en el modernismo o en el positivismo, y cuáles de estos se proyectan en el discurso populista, por ejemplo? ¿Cómo ocurre el tránsito de un discurso intelectual al otro? Todo esto tiene que ver con las características que fijarán la posición y significación de un pensamiento respecto a otro. No basta con meras divagaciones de corte sociológico o epistemológico si se quiere sacudir el marasmo para alcanzar cimas de lozanía intelectual.

Se nos hace que ese sentimiento animó la obra de Domingo Miliani, de cabo a rabo, sin descanso, sin concesión alguna. A pesar de sus veleidades ideológicas, demasiado humanas, diría, más para su acción política que para su interpretación histórica, siempre le persiguió el ánimo de saturar de universalidad el hecho de ser, pensar y existir en

venezolano. La construcción de un espacio intelectual donde los discursos y las ideas se reconocen es condición de posibilidad para la aparición de un mundo común, de un mundo que no es uno pero que, sin embargo, está abierto a múltiples perspectivas. Un pueblo joven que apenas comienza a conocer su propia alma, no puede sino actuar y pensar con candor la aparición de ese mundo común. Y esto podría ser una excelente fortuna, pero también un inmenso farrago intelectual.

Notas bibliohemerográficas

¹ Miliani, D., “*Vida intelectual de Venezuela. Dos esquemas*”, Caracas: Ministerio de Educación (Cuadernos de Prosa, No 8), 1971.

² Consecuente con esta postura desideologizadora del pensamiento venezolano, al referirse al ensayo Miliani acota que éste quedó involucrado en la evolución del pensamiento y no en la de la literatura, “*porque en él ha predominado la carga ideológica, sin detrimento de la calidad*” (*Vida...*, p. 134).

³ Miliani, D., “Dialéctica de la crítica literaria en Venezuela”, publicado primero en el volumen colectivo de la Asociación de Escritores de Venezuela: *Conversaciones sobre crítica literaria*, Caracas: Fondo Editorial, 1982; y luego retomado en *Tríptico venezolano (Narrativa. Pensamiento. Crítica)*, Selecc., índices y prólogo de Nelson Osorio T., Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela/ Colección Literatura y Pensamiento, 1985, p. 247.

⁴ Miliani, *Vida Intelectual...*, op. cit., p. 138.

⁵ *Ibidem*, pp. 12 y 101.

⁶ “*La literatura venezolana es todavía demasiado joven. Si se toma la segunda mitad del siglo XIX, como límite para fijar su historia real en calidad y volumen, (...) La misma juventud literaria explica, en buena medida, el hecho de que nuestro escritor pocas veces mire hacia atrás, sencillamente porque tiene poco donde mirarse*”, *Ibidem*, p. 138.

⁷ Nuñez, Enrique B., “Un pensamiento nacional”, en *Una ojeada al mapa de Venezuela*, Caracas, enero de 1940. Incluido en *Novelas y Ensayos*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1987/ (Compilación, prólogo y notas Osvaldo Larrazábal Henríquez; cronología y bibliografía R. J. Lovera De-Sola), p. 183.

⁸ “Dialéctica de la crítica literaria en Venezuela”, op. cit., p. 252.

⁹ *Ibidem*, p. 247.

¹⁰ *Ibidem*, p. 251.

¹¹ El *écrivain* sería aquel para quien el acto de escribir es intransitivo, mientras que la escritura del *écrivain* es transitiva, tiene un objetivo, un fin: “*L’écritain accomplit une fonction, l’écritain une activité*”, en Barthes, R., *Essais critiques*, París: Seuil, 1964, p. 148.

¹² Trabajo leído en la Universidad de Los Andes, el 15 de noviembre de 1990, en un Foro sobre el tema: *El presente venezolano como reto al pensamiento humanístico*. Metáfora tomada posteriormente para titular un libro contentivo de un conjunto de ensayos: *Entre la historia y la intemperie*, Mérida: Ediciones Actual, 1997.